Rafael Laguardia

10 de enero de 1906 - 31 de agosto de 1980

1 Laguardia visto por uno de sus alumnos

1.1 Las clases

Seguramente alguna vez me habían dicho a su paso "ese es Laguardia", señalando un hombre delgado, de cabellos y bigote oscuros, con anteojos de cristales gruesos, traje de casimir a cuadros, corbata, y un aspecto general afable, pero recién le conocí el día de la primera clase de Análisis Matemático II del año 1956, en la Facultad de Ingeniería.

Ya había experimentado notables diferencias entre los profesores de matemática que había tenido en los últimos años de la Enseñanza Secundaria (Carlos Infantozzi, Rodolfo Ciganda, Antonio Petracca) y afortunadamente cada uno me había resultado mejor que el anterior.

Mi salto a la Universidad estuvo marcado por la presencia de José Luis Massera en Análisis Matemático I. De su curso basta decir que era perfecto. Bien armado, maravillosamente graduado, y expuesto con solidez, precisión y belleza inigualables.

¿Qué podía agregar Laguardia a todas estas maravillas?

A mi modo de ver, no de ahora sino de aquellos tiempos, Laguardia tenía todas las virtudes de sus predecesores, y, aunque pudiera parecer que no quedaba nada por agregar, sus clases resultaron tener algo nuevo, y cualitativamente muy diferente y fascinante: Nos hizo sentir a sus alumnos que la matemática es parte de nosotros mismos, y no simplemente un agregado hermoso e importante que alguien nos enseña y nosotros eventualmente aprendemos.

-Los teoremas son maleables - nos decía, *-podemos cambiar un poco las hipótesis y obtener conclusiones algo diferentes.* Y lo mostraba con ejemplos en cuya elaboración nos invitaba a participar.

-Al enfrentar problemas matemáticos damos grandes saltos, para ver el panorama que nos espera, a veces del otro lado de un precipicio. Si nos interesa lo que vemos, tenderemos los puentes que nos permitan sortear el precipicio con seguridad -... y nos contaba, por ejemplo, cómo Riemann obtenía conclusiones interesantes calculando formalmente con series divergentes.

No nos instaba por ello a dejar de lado el rigor... porque también nos enseñaba a construir los puentes, sólidos. Pero recuerdo haberle oído decir muchos años después que disfrutaba al pensar que, a punto de jubilarse, iba a ayudar a un sobrino suyo que estudiaba física. - Los físicos se preocupan menos por cubrir todos los pasos formales, y van directamente a los resultados que les interesan - decía. Creo que pensaba, o quizá extrapolo mi propio pensamiento, que a menudo los estudiantes de matemática, inmaduros aún, se preocupan más por la forma que por el contenido.

1.2 Las clases de ejercicios

En las clases de ejercicios, Laguardia trabajaba junto a sus ayudantes, que teníamos el privilegio, luego de haber sido sus alumnos, de aprender de nuevo la matemática, la manera de hacerla, la manera de comunicarla, la manera de

quererla y de hacerla querer. Si no hemos logrado acercarnos ni remotamente a poner en práctica lo que nos enseñó, debe atribuirse exclusivamente a nuestras limitaciones. Él procedía en sus clases con total transparencia para con sus colaboradores, sin guardar secretos. Recuerdo, por ejemplo, sus comentarios acerca de la tranquilidad y calma con la que iba a recuperar tiempo perdido, apurando el dictado de algunos temas, pero sin que sus alumnos se percataran de lo mucho que estaban aprendiendo, para no asustarles ni preocuparles.

La mesa de roble con cajoneras que tenía Laguardia en su escritorio, atiborrada de papeles y carpetas, tenía afortunadamente un par de tablitas extraíbles de cada lado del cajón central. Cuando sus alumnos le íbamos a hacer alguna consulta hacía aparecer la tablita de la derecha para poner encima una hoja de papel en la que nos escribía el complemento de sus explicaciones orales, generalmente con una letra muy pequeña, y en líneas que se iban torciendo hacia la parte inferior del papel, a medida que progresaba la escritura. Y cuando sus ayudantes íbamos a preparar con él las clases venideras, o a hacerle consultas sobre los ejercicios a proponer, esas tablitas albergaban, además del papel donde escribía, los cajones de un nutrido fichero, que contenían tarjetas con enunciados de ejercicios clasificados por tema, y con marcas de colores que permitían prever el grado de dificultad.

1.3 El Seminario de Problemas

Una extensión de las clases de ejercicios, para quienes habíamos disfrutado de ellas y queríamos seguir haciéndolo, fue el Seminario Elemental. En el primer año que asistí se propusieron una serie de problemas interesantes, traídos por Schäffer de un seminario de Rademacher y Schönberg. Si bien el seminario estaba a cargo principalmente de alguno de los profesores del Instituto, y recuerdo que Laguardia, Schäffer y Jones eran los profesores guía con mayor permanencia, también participaban ocasionalmente los restantes profesores del Instituto e incluso allegados a él, como era el caso de Fernando Forteza.

2 El palomar y las palomas

Laguardia sostenía que *no debe construirse un palomar hasta no tener las palomas, porque puede entrar antes un gato, y cuando llegan las palomas, se las come.*

Aludía a la importancia de que existieran candidatos satisfactorios para ocupar los cargos que se crearan en cualquier estructura universitaria, porque si esos cargos fueran provistos con docentes que no cumplieran con requisitos de laboriosidad, rigor, y autoexigencia, después sería muy difícil revertir una situación ya creada.

Un día a la salida de una sesión del Seminario de Problemas, Laguardia nos abordó a Alfredo Gandulfo, a Jorge Lewowicz y a mí, para decirnos que tenía pensado hacer un llamado a concurso para la provisión de tres cargos

de Asistente del Instituto, y que nos proponía que nos presentáramos como aspirantes.

Así fue que los tres concursamos y tuvimos la suerte de incorporarnos a un núcleo privilegiado de personas, aunque en ese momento no nos diéramos cuenta de la magnitud del privilegio, y en consecuencia, hasta qué punto éramos afortunados.

Años después, mediante la creación de la figura de colaboradores técnicos, Laguardia logró incorporar tempranamente a varios jóvenes, más de los que puedo recordar, pero cuatro de ellos poco después concursaron juntos para ocupar cargos docentes en el Instituto: Rodrigo Arocena, Walter Ferrer, Jorge Gerszonowicz y Roberto Markarian.

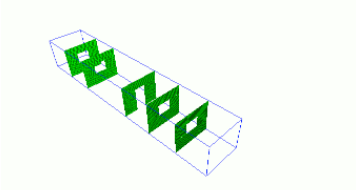
Otras incorporaciones se produjeron una por vez, de diferentes maneras, y recuerdo por ejemplo a Marcos Sebastiani, Mario Wschebor, Gerardo González Sprinberg, Ricardo Fraiman, Jorge Vidart, entre quienes continuaron trabajando en matemática, estadística, informática, y tenemos cerca, o Gonzalo Pérez Iribarren, a quien también tenemos muy cerca, y no sigo porque no soy capaz de dar una lista completa. Creo que todos los mencionados y muchos otros hemos sentido que la entrada al Instituto significó un quiebre muy significativo en nuestra trayectoria vital.

El ambiente de trabajo del Instituto era de una singularidad tal que muchos años después, instalada ya la dictadura en nuestro país, Morris Schreiber, profesor del departamento de matemática de The Rockefeller University, que había visitado el Instituto a mediados de los '60, en una carta de condolencias por la dispersión de los matemáticos del Instituto ocurrida como consecuencia de la intervención de la Universidad de 1973, me decía que sólo había tenido noticias de ambientes de trabajo matemático tan estimulante, fecundo y riguroso como el del Instituto, en dos ejemplos, que me atrevo a tratar de recordar que eran la escuela húngara de Rényi, y un grupo de matemáticos de Chicago. He querido encontrar esa carta de Moe, pero no lo he logrado: la entropía de mis papeles creció abruptamente cuando abandoné la oficina de la Dirección del Centro de Matemática en 1995, y el fenómeno parece ser irreversible. Lo que recuerdo es que agradecí las generosas palabras del querido colega, cuya intervención había motivado que yo mismo pudiera pasar una temporada investigando en su Universidad, y mi carta me fue devuelta con un sello que decía "deceased". Así supe que este americano alpinista y matemático, que apreciaba el vendaval que soplaba en invierno a la entrada de la Facultad de Ingeniería, porque le recordaba el viento de las cumbres montañosas, y apreciaba la obra de Laguardia porque le parecía de un valor extraordinario, había sido vencido por la enfermedad que ya le aquejaba cuando conversábamos en su querida ciudad de Nueva York de estas y de otras cosas.

3 El tubo óptico y la esfera ritual del café.

3.1 El tubo óptico...

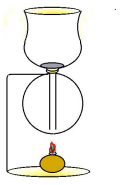
El Instituto había sido creado en 1942, de modo que poco más tarde, cuando se construyó el edificio de la Facultad de Ingeniería, Laguardia tuvo la oportunidad de influir en los parámetros arquitectónicos del lugar del entrepiso de la columna central, donde iba a estar ubicado. Fue así que determinó que los seis ambientes principales (en orden desde la entrada, dos oficinas, la biblioteca y tres oficinas más, todos con puertas hacia el corredor de circulación abierto hacia la planta baja, estuvieran unidos por una especie de tubo visual determinado por una sucesión de grandes ventanales de vidrio transparente, que, junto con el vidrio también transparente de la puerta de comunicación de la biblioteca con la oficina inmediata hacia atrás de ella, permitía verse a quienes estaban en el centro de la primera oficina, donde estaba instalada la secretaría, y de la última, que era la oficina de Laguardia, a través de todo el Instituto.



El tubo constituía un nexo que nos hacía sentir parte de una misma familia, lo mismo que las reuniones cotidianas a "la hora del cafè".

3.2 ...la esfera del café.

El rito diario de la reunión del café tenía mucha importancia dentro de la vida del Instituto.



El café se preparaba en un dispositivo contituido por una esfera de vidrio resistente al calor, con un orificio superior, al que se adaptaba herméticamente un recipiente de volumen similar con un orificio inferior continuado por un tubo que llegaba casi hasta el punto más bajo de la esfera. Sobre el fondo del recipiente superior se adaptaba un filtro de vidrio poroso, y sobre el filtro se disponía el café.

El agua que inicialmente ocupaba buena parte de la esfera, se calentaba con un mechero, hasta que por la presión del vapor era empujada a través del tubo y del filtro hasta el recipiente superior, arrastrando en suspensión al café. Al enfriarse el agua, el líquido ya fuertemente coloreado y aromático retornaba al recipiente inferior, abandonando al café retenido por el filtro.

Esta preparación ritual, casi ceremoniosa, nos motivaba para no demorar en acudir al llamado *"Caféee...!"* que algún avisado profería recorriendo las puertas de las oficinas y de la biblioteca.

A la hora del café se conversaba de muchísimos temas, matemáticos o no. Destacaban la agudeza y el brillo de los comentarios de Massera,

el ingenio de los de Schäffer

y el tímido buen humor de Cesáreo Villegas,
mi maestro de estadística.

Laguardia era reposado y ecuánime, irradiaba tranquilidad y seguridad. E incluso resultaban aleccionantes los temas que trataba, sobre la matemática, o sobre los matemáticos, a veces, pero también sobre muchas otras cosas, entre ellas, la vida universitaria. La ética era una constante en su pensamiento, a veces explícita cuando hacía comentarios sobre personas que muchas veces conocíamos, aprobando sus logros o criticando graciosamente sus traspies, o bien subyacente en todas sus valoraciones, conclusiones y acciones.

Por las conversaciones de Laguardia y de los otros integrantes mayores del Instituto, supimos de la obra pionera de Don Eduardo García de Zúñiga, precursor de los estudios de matemática en el Uruguay, y de la acción de Don Vicente García al frente de la Facultad. Conocimos por referencias aún antes de encontrarles personalmente, a grandes matemáticos de la Argentina, como Beppo Levi, Julio Rey Pastor, Luis Santaló, Manuel Balanzat, Antonio Monteiro, Alberto Calderón, Alberto González Domínguez, y varios otros, entre los cuales, naturalmente, ocupaba un lugar de privilegio afectivo Mischa Cotlar. Y supimos sobre las actuaciones de universitarios de fuste como, Washington Buño, Roberto Caldeyro Barcia, Bernardo Rosengurt, Agustín Cisa, Oscar Maggiolo y Julio Ricaldoni, entre muchos otros, y sobre la actividad de Laguardia, Massera y Villegas en la Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia.

4 La Biblioteca.

Probablemente la tercera de Latinoamérica, nuestra biblioteca sólo era superada por las homólogas de México y de Brasil. Se había puesto un enorme cuidado en la selección de los volúmenes a adquirir, especialmente de la colección de revistas, que en muchos casos estaban completas desde el primer número. Muchas subscripciones se adquirían por canje con las Publicaciones del Instituto de Matemática y Estadística, apartados del Boletín de la Facultad de Ingeniería con una repaginación ad hoc. Los integrantes del Instituto considerábamos un deber alimentar este objeto de intercambio con algo así como una de cada cuatro publicaciones.

Los libros estaban ubicados en la tercera sala del Instituto, de mayor tamaño que las demás, colmando las paredes con la sola excepción de las aberturas, y desbordaban hacia la oficina vecina, la que seguía a la biblioteca, con la que se comunicaba por una puerta en el lugar que el resto de las paredes divisorias tenían ubicada la ventana que establecía el nexo óptico con el resto del Instituto. Una gran mesa de madera, con una cubierta verde, ocupaba el medio de la habitación, y fue centro de numerosas reuniones y actividades de importancia para la vida del Instituto. Años después no conseguí que el Decano nos la cediera para que ocupara un lugar de preferencia en el Centro de Matemática, y ahora, mimetizada entre muchas otras mesas en la sala de lectura de la biblioteca central, ha venido prestando su apoyo a numerosas cohortes de estudiantes que seguramente ignoran su valor histórico, y emotivo.

La oficina vecina era ocupada por Cesáreo Villegas, y a veces, cuando la puerta de la Biblioteca por la que se accedía desde el corredor de circulación estaba cerrada con llave, para no ir a buscar la llave a la secretaría que estaba en la primera oficina, los interesados en consultar algún libro entraban por la oficina de Villegas.

Villegas no era particularmente distraído, pero una vez que Laguardia había entrado por su oficina a la Biblioteca, se marchó, cerró su puerta con llave, y le dejó encerrado. Sólo había dos teléfonos, uno en la secretaría y otro en su propia oficina, de modo que el único recurso con el que contó Laguardia para no tener que pasar la noche en la Biblioteca fue gritar "Socorro!" a voz en cuello. Esta anécdota me la contó Ricardo Pérez Iribarren, profesor del Instituto de Electrotecnia, actualmente Ingeniería Eléctrica, que fue quien le oyó, y le rescató de la difícil situación (a la derecha en la fotografía)

5 La limpieza de los sábados y las llamadas de Áurea.

Algunos sábados por la mañana, si iba al Instituto, solía encontrar a Laguardia con su señora, Áurea Romero, haciendo limpieza en su oficina. Áurea le ayudaba a ordenar, y a desechar papeles que desbordaban de su escritorio y atiborraban sus bibliotecas y archivadores. Así conocí a la señora de Laguardia, una mujer tan alta como Laguardia, elegantísima. Tiempo después mi esposa y yo la conocimos mejor, y ahora puedo decir, además, que era encantadora. Sin duda tuvo mucha influencia en la carrera y en el carácter de Laguardia. También conocimos a sus hijas, especialmente a Amalia a quien por su trabajo universitario (era bióloga) tuve más oportunidades de frecuentar que a Silvia.

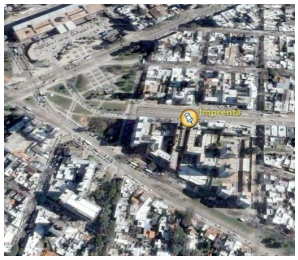
La voz y la manera de hablar de Áurea eran inconfundibles. Las llamadas telefónicas para el Instituto (al 40 40 33) llegaban a la secretaría, el teléfono en la oficina de Laguardia era un "derivado" del de la secretaría. A menudo me tocó contestar llamadas, y muchas veces pasarle a Laguardia llamadas de su esposa. Preguntaba "Está Laguardia?" con un tono tan personal, que no demoré en identificarla. Cuando Laguardia estaba más cerca de la secretaría que de su oficina, venía a atender la llamada de Áurea en la secretaría, y yo le oía preguntar "¿Qué dices, che?"

Yo también suelo preguntar "¿Qué dices che?" cuando quiero pedir una opinión... Creo que recordar e imitar a Laguardia en estas actitudes inocentes es también una forma cotidiana de rendirle homenaje... Ojalá fuésemos capaces de orientar nuestras actitudes en la imitación, aunque fuera muy incipiente, de alguna de sus grandes cualidades por las que tanto le respetamos y queremos.

6 El estacionamiento

En este plano anecdótico, puedo contarles que una vez me dijo Laguardia que él no solía estacionar en el lugar al que se dirigía *porque la gente no tenía por qué saber dónde estaba*.

Una vez, durante los años difíciles que precedieron al golpe de estado, nuestra asociación de docentes había adoptado medidas de propaganda sobre la situación política nacional, y sobre sus efectos negativos sobre la Universidad y sobre el país. Editar y distribuir boletines con comentarios y opiniones adversos al gobierno y a las fuerzas que acompañaban la actitud gubernamental de represión antidemocrática podía llegar a ser verdaderamente peligroso. Una vez Alfredo Gandulfo y yo fuimos encargados de recoger material de propaganda en una impresora situada cerca de Tres Cruces... Ni Alfredo ni yo disponíamos de medios de locomoción propios, y cuando Laguardia se enteró de la misión que se nos había encomendado, insistió en llevarnos en su automóvil, el mismo que todavía me sorprende cuando lo veo circular conducido por alguna de sus nietas, que lo conservan y cuidan como si fuera un longevo miembro de la familia.



Ese día Laguardia estacionó frente a la puerta de la imprenta, y allí nos esperó mientras conseguimos el material que debíamos recoger, para asegurarse que sus palomas salían a salvo de la *peligrosa* misión, arriesgando un mal rato que para él, por su relevancia institucional y personal, podría haber tenido mucho peores consecuencias que para nosotros.

7 La Comisión de Tratamiento de la Información

Al regreso de un congreso de la International Federation for Information Processing (IFIP), Laguardia se convenció de que era necesario desarrollar la computación en nuestro país.

Muchos años antes se había convencido de que había que estimular el cultivo de la estadística junto con el de la matemática, y creó en el Instituto un cargo de Jefe de Sección de Estadística que ocupó Cesáreo Villegas.

Ya existía el cargo de Jefe de Sección de Matemática que ocupaba José Luis Massera, y más tarde se creó el de Jefe de Sección de Matemática Aplicada que ocupó Juan Schäffer.

Para desarrollar la computación, promovió la creación de la Comisión de Tratamiento de la Información, que él mismo presidió, y que integramos entre otros dos docentes y un egresado de nuestra Facultad. Me refiero a Mario

Bianchi, que desempeñaba un alto cargo como contador en las Oficinas Centrales de la Universidad, Ariel Davrieux, para entonces docente del Instituto de Estadística, y yo mismo. También la integraban Ricardo Pérez Iribarren y Pablo Carlevaro y la asesoraba Manuel Sadosky.

El trabajo de la Comisión condujo a la creación del Instituto de Cálculo, y a la adquisición por parte de la Universidad de la República de la primera computadora científica que tuvo nuestro país.

8 Desde 1973 hasta agosto de 1980

Durante los largos y difíciles años de la dictadura, Laguardia estuvo jubilado. Para él resultó un alivio que los interventores le dejaran retirarse en vez de ponerle dificultades. En ese tiempo varios de los colaboradores de Laguardia nos habíamos trasladado juntos a la Universidad de Buenos Aires, luego nos dispersamos, y las noticias que teníamos de él fueron pocas y espaciadas.

En agosto de 1980, de regreso de un congreso en Mar del Plata, hice escala en Montevideo para una visita familiar. Casi en seguida de mi llegada llamé a casa de Laguardia para verle y tener noticias de él. Áurea me dijo que estaba enfermo, y como yo iba a permanecer varios días en Montevideo, acordamos que volvería a llamar.

Cuando volví a llamar, me enteré de que seguía enfermo, pero como mi regreso a Caracas estaba próximo, me iba a recibir.

Fui a su casa, y conversamos, no muy largamente, me pidió Áurea, porque estaba débil debido a su enfermedad. Yo le encontré bien, con su aspecto de siempre.

Dijo que se sentía deslizar por una rampa que descendía suavemente, y que si eso era la muerte, entonces era una muerte muy dulce. Por supuesto que desestimé el comentario y le aseguré, sin ninguna necesidad de engañarle, que

su buen aspecto estaba muy lejos de justificar semejante idea.

Le conté lo que sabía sobre las actividades de sus colaboradores en diferentes lugares del mundo, y en particular en Caracas, donde varios nos conservábamos cercanamente comunicados. Laguardia se alegró de tener noticias. - Entonces el Instituto no ha muerto! - dijo con visible satisfacción.

Días después, ya en Caracas, me enteré de su muerte, ocurrida el 31 de agosto.

9 Epílogo

Con esto termino esta selección arbitraria de recuerdos, aunque tenga muchos, muchísimos más. Ninguno de ellos explica por qué Laguardia fue capaz de realizar su inmensa obra de creación de un ambiente de trabajo singularmente productivo, intelectualmente riguroso, y sumamente placentero para los que disfrutamos de él.

Tampoco indican qué caminos deberíamos seguir para honrar su memoria, y para no dilapidar el inmenso legado que nos dejó. Porque si tales caminos existen, sólo puede cada uno de nosotros, de manera personal, introspectiva e intransferible, encontrar el suyo propio.

Sólo espero haber aportado alguna pista para que quienes no conocieron a Laguardia tengan una idea de qué maravillosa clase de persona era, y para que quienes le conocieron compartan conmigo la inmensa alegría de haberle conocido, y de recordarle.